



MEXICO
DESCONOCIDO

MEXICO

No.21



DESCONOCIDO[©]

de Harry Möller





Director General
Harry Möller

Subdirector General
Luis Mario Moreira Suárez

Editores
Humberto Guerrero Lemus, Jesús González Landini, Federico Aguilera Vázquez

Jefe de Redacción
Enrique M. Molrui

Asesor Administrativo
Sergio Lechuga Zúñiga

Publicidad
*Comercialización, S.A.
Eduardo Figueroa, Rocio Möller, Walter Möller y Silvia Moreira*

Departamento Jurídico
Lic. Augusto Turcott Cárdenas, Lic. Armando Guerrero Medina

Colaboradores
Lic. Luis E. Arochi, Arq. Luis Aveleyra, Alberto Beltrán, Enrique Bostelman, Chela Bracho, Ignacio Brambila, Rosario Camargo, Arq. Raúl de la Colina, Walter Friedeberg, Natalia Gármiz, Carlos Gil Aldrete, Arq. Luis B. Gómez, Ing. Ignacio Gómez G., Julio de Keyser, Lic. José N. Iturriaga de la Fuente, Ing. Luis Juárez Suárez, Arturo López M., José L. Martínez Becerril, Ing. Mayolo Mexía, Marie Irene Paiz Tejada, Enfield Richmond de Mexia, Lic. Fernando Varela, Ana Victoria, Lic. Marcela Prado R.

Geografía
Lic. Ana García Silberman

Comunicaciones
Dr. Carlos Ortiz Padilla

Montañismo
David Castel-Blanch, Alfredo Careaga Pardavé

Espeleología
*Grupo Espeleológico Mexicano, S.A.
Cap. P.A. Victor Manuel García Moreno*

Exploración Subacuática
Lic. Edwin Corona

Documentación, Cartografía y Referencias Especiales:
DETENAL, FAVREC, INAH y SAHOP

Núm. 21, Agosto 1978.

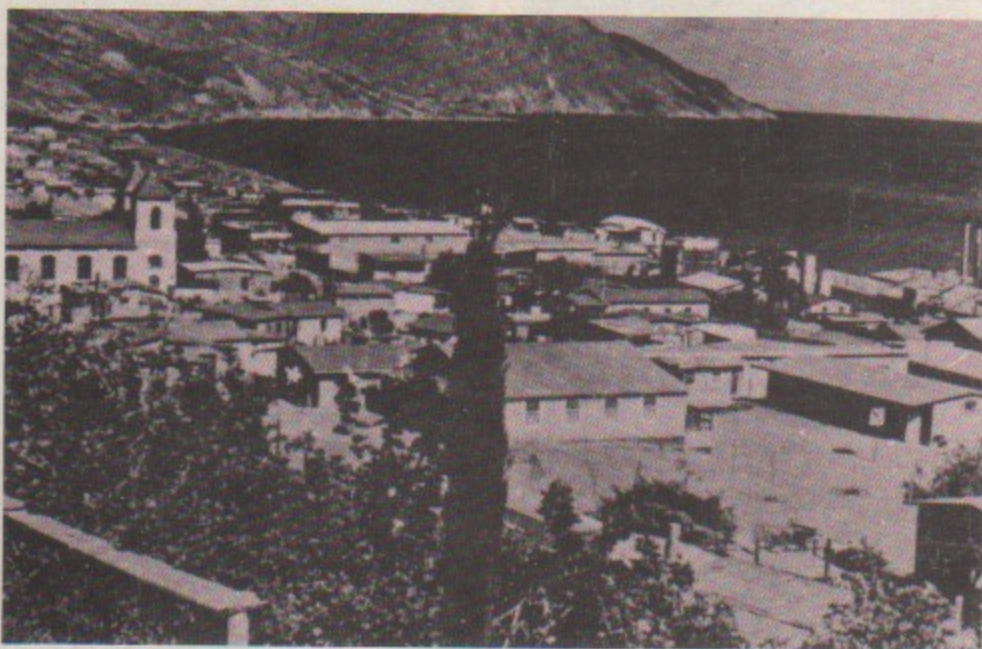
Publicación mensual de Editorial Harry Möller, S.A., Aguascalientes núm. 31 (entre Monterrey y Medellín), Col. Roma, México 7, D.F., Tel. 564-0564. Apartado Postal 6-751, México 6, D.F. Precio del ejemplar: \$ 20.00. Suscripción dentro de la República Mexicana: \$ 200.00 por doce números (un año). Ejemplares atrasados: \$ 25.00, del 1 al 6 AGOTADOS (próxima reimpresión) del 7 en adelante en existencia.

Registro en trámite ante la Dirección General de Correos y ante la Secretaría de Educación Pública. Se prohíbe la reproducción total o parcial sin autorización específica. Selecciones, negativos e impresión en Reproducciones Fotomecánicas, S.A. Composición tipográfica: M.C.T. de México, S.A., y Tipográficas Vinci. Impresa en papel de Cía. de las Fábricas de Papel de San Rafael y Anexas, S.A.

PORTADA: Las primeras horas de la mañana en la Sierra de Guatemala, Tamaulipas, por los caminos de la sierra a partir de Gómez Farías.

SORPRESA ARQUEOLOGICA EN BAJA CALIFORNIA

Por *Harry Möller*



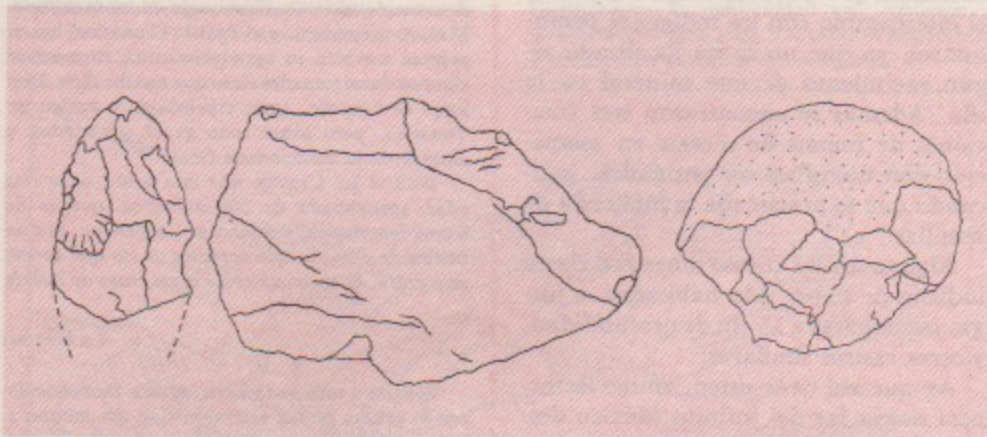
La Isla de Cedros, descubierta 19 años después de la toma de Tenochtitlan, entrega ahora nuevas puertas a la historia.

En una isla situada en el Océano Pacífico, a unas 12 millas náuticas (21.7 km) de Punta San Eugenio, en Baja California Norte, ha sido descubierta lo que posiblemente sea la zona arqueológica mexicana más apartada.

Se trata de la Isla de Cedros, en la gigantesca Bahía de Vizcaíno. Su área rebasa los 400 km², con unos 38 km de longitud y una anchura máxima de 14, y su montañosa topografía incluye una cumbre de 1,204 m snm.; entre cerros y valles pedregosos hay unas 28 mesetas en las cuales han sido localizados los que pueden ser los testimonios más antiguos de la vida humana prehistórica en el noroeste mexicano.

El Departamento de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma de Baja California ha publicado un extenso estudio sobre la isla y ha dado a conocer el informe del arqueólogo Thomas Jeffrey Banks en estos términos.

"El hombre primitivo dejó en Cedros no pocos vestigios, tales como restos líticos. . . y utensilios primitivos. Se han encontrado doce sitios arqueológicos en la isla, diseminados en gran parte de su extensión, quedando sin explorar algunas zonas a causa de su inaccesibilidad." Luego nos habla de un sitio en particular, en el extremo sur, como probable punto de embarque hacia la península, "con objeto de mantener intercambio



Cuchillo bifacial, raspador lajeado y tajadera de piedra; algunas de las herramientas halladas en la isla.



Sin perder la compostura ni el sombrero, Urhatemai enfrenta las espumosas aguas de los rápidos.

EN BALSA POR TIERRAS HUICHOLAS

Texto y fotos de: Kal Muller

Mientras Bret iba a los Estados Unidos a conseguir unas balsas, yo me encargaba de hacer los preparativos de equipo y víveres en Tepic, Nayarit. Habíamos escogido septiembre, final de la temporada de lluvias, para hacer nuestro experimento; el río no traía demasiada agua ni excesivamente poca.

Cuando conocí a Bret Blooser, kayakista americano, ya llevaba yo dos años viviendo entre los huicholes, en la Sierra Madre Occidental, pero nunca había recorrido un río en balsa. Bret sugirió que hiciéramos la prueba en el río Chapalagana, que corre encajonado entre las ásperas montañas del territorio huichol, y me encantó la idea; además convencimos a un joven huichol, Urhatemai, para que nos acompañara. . . en caso de que tuviéramos que abandonar el lecho del río e internarnos por zonas desconocidas.

Bret volvió por autobús con dos lanchas, una grande y resistente, de Hypalon (hule sintético), y una más ligera y maniobrable "tipo Tahiti". Gracias a los buenos oficios del Lic. Alfonso Manzanilla, del Plan Huicot, fuimos trasladados por avión hasta cerca de San Juan Capistrano, y de aquí un acomedido rancharo nos llevó al río, no sin irnos advirtiendo sobre nuestro loco intento. Una lluvia inesperada —nos decía— hace que el agua suba 3 o 4 metros.

Cuando llegamos al río éste nos decepcionó. En vez de estar peligrosamente crecido, se mostraba con muy poca

agua. Pero ya estando ahí no quedaba más que embarcarnos: Bret y Urhatemai en la balsa grande y yo en la Tahiti.

Serenidad. . . y Problemas

Durante los primeros 20 o 30 kilómetros fuimos pasando por campos agrícolas y espantando a algunas aves, lo mismo que a algunos chiquillos que estaban bañándose. Hacia la caída de la noche escuchamos un ronco sonido y nos orillamos para averiguar; era nuestra primera serie de rápidos. Bret indicó la mejor manera de pasarlos y lo seguimos, a un par de minutos de separación, mientras yo luchaba por mantener con la proa al frente la balsa en la blanca y rugiente agua. Cuando creía haber conseguido pasar, una roca me hizo caer al agua de costado en los rápidos. El cable con que mantenía unidas a mí las cámaras subacuáticas se enredó en alguna piedra y tiraba de mí hacia abajo. Casi desmayado logré sacar el cuchillo y cortar el cable, y salí como un corcho a la superficie, ayudado por Bret. Había perdido dos cámaras pero estaba feliz de haber sobrevivido a la experiencia.

El resto del descenso se mostró mucho más placentero aunque nunca podíamos saber lo que reservaría el próximo recordo. Tramos calmados alternados con rápidos; ambos deliciosos aun en su diferencia; ¡qué bien se sentía, tras estar luchando por abrirse paso a través de extenuantes rápidos, el poder ir recostado en los tramos calmados, dejándose

llevar por la corriente! Ocasionalmente gritaban los loros sobre nuestras cabezas y ocasionalmente alguna águila o gavilán sobrevolaban en círculos. Altos árboles coronados por nidos parecían sostenerse en mínimas porciones de tierra. Y en las arenas de las playas se veían, de vez en cuando, las huellas del puma.

El río nayarita Chapalagana se une con el Jesús María muy cerca de Huaynamota, a 800 m snm.



Era emocionante saber que uno era la primera persona en navegar el río de este modo, y tener al mismo tiempo la incertidumbre de terminar su curso, pero toda especulación cesaba al entrar a los remolinos, luchando por evitar que la balsa quedara de costado ante la corriente, y esquivando las rocas, tomando en sólo un segundo decisiones cuyas consecuencias serían pasar o naufragar ignominiosamente y perder el equipo.

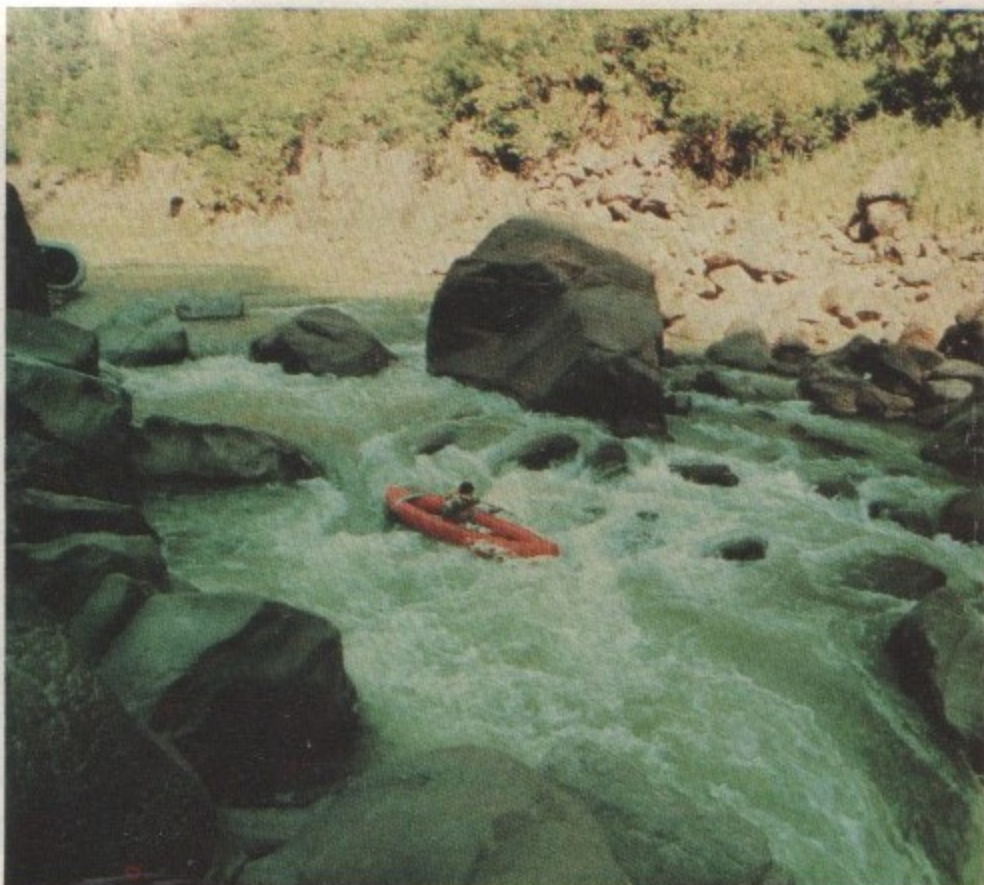
Urhatemai iba a lo seguro durante los primeros días: ya fuera caminando por la orilla cuando había rápidos o subiéndose a la balsa grande de Bret. Pero después, tras mi chapuzón original, tal vez le dio envidia ver cómo gozaba yo en la Tahiti, y en un tramo calmado me pidió que le dejara empuñar el remo. Al principio iba, comprensiblemente, muy tenso en los primeros rápidos, pero no tardó en hacerlo como un veterano, y después no había manera de sacarlo de la Tahiti. Era todo un espectáculo verlo, con su colorida indumentaria bordada, abriéndose paso en la balsa de brillante color naranja.

Al caer la tarde buscábamos un sitio alto para pasar la noche y evitar la sorpresa de una inesperada lluvia. Mientras Urhatemai encendía prestamente el fuego, Bret preparaba la comida. Nuestro amigo indio aseguraba que sin tortillas nunca se sentía lleno, y se comía las suyas mientras desarrollaba todo un apetito por la crema de cacahuete.

Tatewari, Dios del Fuego

Tras una semana de viaje empezamos a ver milpas huicholes temerariamente plantadas en inclinadísimos parches de tierra entre peñascos. Un día vinieron a nosotros un viejo y un niño, pescadores; tras su asombro inicial empezaron a charlar con Urhatemai y éste nos dijo que el viejo nos invitaba a una ceremonia para hacer llover que celebrarían esa noche. Declinamos la invitación para poder continuar por el río. Evidentemente los dioses oyeron al viejo, puesto que esa noche llovió y el río creció varias pulgadas, lo cual ayudaba al desplazamiento de la balsa grande, que en varias ocasiones se había venido atorando.

Cierta mañana Urhatemai nos dijo que puesto que estábamos cerca de las cuevas de Teakata, consagradas a Tatewari o Gran Dios del Fuego, descaba llevarle alguna ofrenda; lo acompañamos y todos marchamos a ofrendar flechas de orar, flores, dulces y chocolate. Durante la ascensión, de 3 horas, no



"Antes de entrar al Chapalagana yo jamás había navegado por un río en balsa. Hay tal contacto con la naturaleza, sentido del descubrimiento y un elemento de riesgo difíciles de encontrar de otro modo"

debíamos tomar agua ni nada, y a pesar de haber llegado a un manantial, Urhatemai insistió en que no debíamos beber sino hasta haber depositado las ofrendas y orado ante el Dios del Fuego. Cuando alcanzamos una larga repisa en un costado de la barranca vimos varios *ririki*, o pequeños templos, donde depositamos nuestras ofrendas. Entonces nos llevó Urhatemai a lo que debe de ser el más bello tiradero del mundo: coloridas muestras del arte huichol dejadas en los templos y expulsadas luego en el curso de cinco años. También había un lugar rebotante de cráneos de venado, animal sagrado para Tatewari. Finalmente llegamos a una caverna con un cristalino

manantial. Urhatemai tomó el agua sagrada y nos roció la crisma, donde se supone mora el alma; sólo entonces nos dejó beber.

De vuelta al río, el agua estaba demasiado baja para la balsa de Hypalon, así que fuimos por unas mulas —a nueve horas de pendiente ascensión— para cargar la balsa y su equipo. Bret continuó en la Tahiti y dice que vio algunos lagartos hasta que llegó a un camino y por él a un pueblo. Lamento haberme perdido esa última parte del viaje, pero las dos semanas que lo hice me dieron una fascinante visión del río Chapalagana en una de las partes menos conocidas de México.



Nos dijo un viejo huichol: "Creí estar viendo la canoa de Nakawe" (en la tradición nativa esa canoa salvó a una pareja de antepasados durante la Gran Inundación).